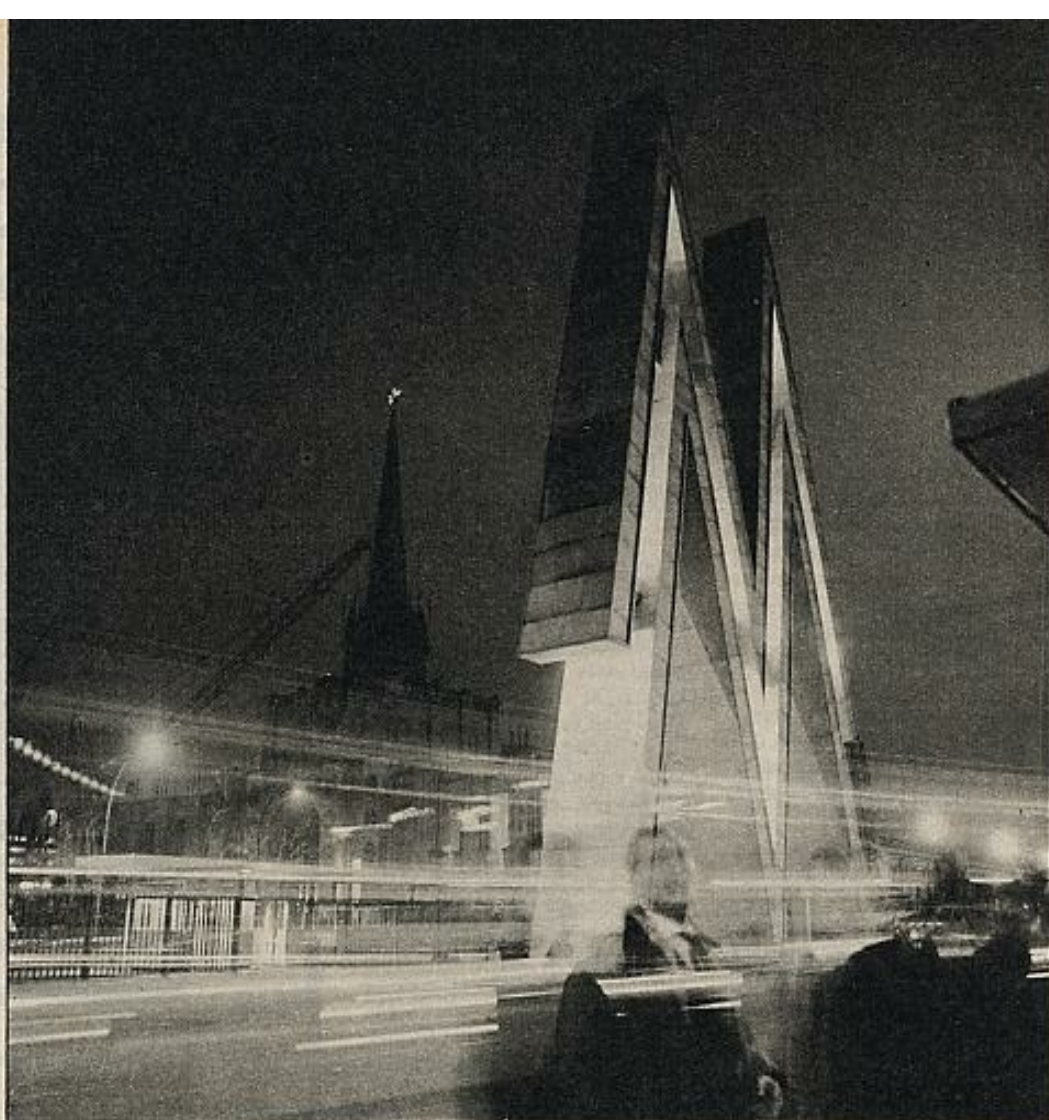


PARA comprender una obra que se quiere científica —otra cosa es la creación literaria—, conocer la biografía del autor y las circunstancias en que surgió, suele tener un valor informativo muy limitado. La llamada objetividad científica se reduce por lo común a la adopción de unos supuestos básicos y de un lenguaje, compartidos por la "comunidad científica" a la que se dirige. La comunicación se produce en un plano transindividual, en el que, si se traslucen elementos personales, se detectan negativamente: son prueba de falta de madurez, de merma de la tan encomiada objetividad. En el fondo, la objetividad no es más que una subjetividad ampliamente compartida. De ahí que la obra científica cabalmente innovadora, es decir, aquella que cuestiona los principios generalmente admitidos, aparezca, en un primer momento, como una desviación subjetivista. Para una interpretación acertada de la obra científica revolucionaria, así como de la literaria o filosófica de altura, es preciso tener en cuenta los condicionamientos personales que contribuyeron a su elaboración. En último término, las ideas, con un origen social innegable, cristalizan en la cabeza de un individuo.

El libro que quiero recomendar al lector, sin implicar una revolución científica, requiere, sin embargo, una larga introducción biográfica, así como la consideración extensiva de las circunstancias particulares en que fue concebido, trabajado y escrito. Se trata de un análisis marxista del "socialismo real", llevado a cabo en un país que ha elevado el marxismo a ideología oficial del Estado. Nada podría parecer más natural, que escribir un libro marxista en un país marxista. En principio, todos los libros de filosofía y de ciencias sociales, incluyendo a los de pura creación literaria, que se publican en los países del Este, son marxistas por definición. De otra forma, no se hubieran publicado. Las editoriales de un "Estado socialista" no pueden tener ningún interés en confundir a la clase obrera, dando a conocer obras contrarrevolucionarias, por mucho que se revistan de un pseudo-marxismo crítico. "Marxistas" son los libros que justifican ideológicamente las estructuras de poder establecidas en un "país socialista"; "contrarrevolucionarios", aquellos que, a causa de una deformación subjetivista, se atreven a criticarlas, máxime cuando recurren a categorías y métodos de análisis extraídos de la obra de Marx. Desde el momento en que el marxismo se ha petrificado como la ideología legitimadora del "Estado de la clase obrera", cualquier crítica a la realidad dada, no puede ser, por principio, más que contrarrevolucionaria.



Vista nocturna de Leipzig, en la República Democrática Alemana.

EL MARXISMO ENCARCELADO

IGNACIO SOTELO

ria. Se comprende que hayan pasado sesenta años desde la Revolución de Octubre, y que aún estemos esperando una crítica marxista de la sociedad posrevolucionaria.

No se crea, precipitadamente, que debido a la censura. Sabido es que los "países socialistas" no conocen institución tan reaccionaria. Para mantener la creación intelectual dentro de la "crítica constructiva" que corresponde a una "sociedad sin clases antagónicas", basta el monopolio estatal de las editoriales, imprentas y librerías. El que la producción esté en manos del pueblo, impide se publiquen ideas opuestas a los intereses objetivos del pueblo. Como se ve, la falta de una crítica marxista de la sociedad posrevolucionaria, tiene causas más profun-

das que las simplemente policiales. El obstáculo principal me parece incluso de carácter "metafísico". Una crítica marxista del "socialismo real" constituye un absurdo imposible, en cuanto el socialismo existente no es más que la aplicación creadora de los principios marxistas-leninistas a la situación específica de cada país. Se podrán comprobar ciertas discrepancias entre la teoría y su realización, pero esto, menos que a nada, puede sorprender al marxista, que parte de la primacía de lo material y cree en el valor creador de la praxis. Claro que el "socialismo real" tiene que diferenciarse del pensado —suponer otra cosa, sería ingenuo idealismo—, pero no por ello deja de resultar el único posible en las condiciones históricas en que pudo cuajar. Otro se-

ría, si otras hubiesen sido las circunstancias; en las dadas, sólo pudo ser, como es; si hubiera cabido otra posibilidad, ésta es la que hubiera terminado por prevalecer.

Me perdonará el lector si no me esfuerzo en mostrar el carácter "metafísico" de este tipo de argumentación. Una serie de categorías huecas, que no tienen otro sentido que justificar lo dado como lo racionalmente posible, se tragan la Historia. Lo real es racional, lo racional es real. Desde que el poder se quedó sin legitimación teológica, no se ha inventado otra mejor. (El conocedor de Hegel sabe que el filósofo alemán no hizo más que secularizar un pensamiento cabalmente teológico, y que, por tanto, esta fórmula leída en su contexto no deja de ser teológica. No sería mal tema,

ahora que está de moda releer a los clásicos del anarquismo, insistir en la raíz teológica de cualquier justificación del poder: Dios como Amo universal.) Lo decisivo, en todo caso, es tener en cuenta que este tipo de "metafísica" no es exclusivo de aquellos países en los que el poder lo necesita como base de sustentación, y por consiguiente, lo impone con todos los medios a su alcance, que, en un Estado que ha estatificado economía y sociedad, son casi infinitos. Hasta hace poco, el marxismo occidental, encerrado en la misma dogmática, se ha sentido incapaz de cuestionar la sociedad soviética, cubana o china. Las críticas venían, como era de esperar, de conservadores, liberales y socialdemócratas, pero los marxistas recurrían a todos los distinguos de la más pura tradición escolástica, reconociendo, desde luego, la "deformación burocrática" del sistema, pero sin negar su carácter "socialista". Trotski llegó en este punto a extremos inconcebibles. El que quiera tomar conciencia del grado de petrificación ideológica que ha alcanzado el marxismo en las últimas décadas, que estudie en detalle sus respuestas al fenómeno soviético.

Un libro que lleva por título "La alternativa, crítica del socialismo real", escrito en la República Democrática Alemana, no es un acontecimiento baladí. ¿Cómo se puede escribir una crítica marxista de la sociedad posrevolucionaria, viviendo y trabajando en un país que se llama socialista? Poco conoce esta sociedad, el que no quede estupefacto. Pero justamente, como del "socialismo real", aparte de los infundios interesados de la derecha y de la izquierda, no se conocen más que verdades a medias, que confunden más que los simples embustes, no me parece superfluo dar algunas noticias sobre el autor y sobre las condiciones en que escribió su libro, con el fin de que el lector no se extrañe del precio que ha tenido que pagar por tan colosal hazaña.

Rudolf Bahro, nacido en 1935, pertenece a esa juventud entusiasta que ingresa en el partido recién fundada la República Democrática Alemana, convencida de que sólo la construcción del socialismo, aunque no fuese posible más que en una parte del país, arrancarían definitivamente las raíces del fascismo, librando a Alemania de los horrores de una nueva guerra. La "guerra fría" polariza los frentes: por un lado, la restauración capitalista en la Alemania de Adenauer, se confunde con el resurgimiento de un nuevo fascismo, que protagonizaría el "imperialismo americano"; por otro, el estalinismo, que todavía millones identifican con el socialismo, constituiría la base de toda posible esperanza.

En tiempos duros, ayudan las ideas claras, que suelen ser a la vez, las más simples.

Pararse a distinguir, es ya abrir una portezuela a la traición. De 1954 a 1959, Bahro estudia en la berlinesa Universidad de Humboldt filosofía, es decir, "materialismo dialéctico", esa cosmovisión escolástica en que se ha convertido el marxismo, después del desmoche estalinista. La denuncia de Kruschchev, en el XX Congreso, lleva la duda al último miembro del último partido comunista. En Berlín, se discute entre amigos y con prudencia. En el fondo, hay que alegrarse, pasaron los peores tiempos y el porvenir se presenta más risueño. Al fin y al cabo, la comunidad de los países comunistas forma el único bastión capaz de oponerse a la barbarie imperialista.

Al terminar los estudios y hasta 1967, Bahro lleva la vida de un funcionario del partido, especialista en cuestiones ideológicas. Su primer puesto es el de redactor de un pequeño periódico de pueblo, encargado de propalar las consignas del partido en el período de la colectivización de la agricultura. Se siente satisfecho de su labor, y hasta hoy, considera la agricultura colectivizada de la RDA, su mayor éxito económico. Durante dos años, es redactor de un periódico estudiantil en una pequeña Universidad de provincias. Hacer labor ideológica entre los estudiantes puede plantear más problemas que ensalzar la colectivización del campo, pero su trabajo debió ser satisfactorio, cuando se le llama a Berlín, como ayudante del presidente del Sindicato de la Ciencia. En 1965, alcanza la cumbre de su carrera, subdirector de "Forum", la revista nacional dedicada a los intelectuales.

Aquí empiezan las dificultades. En ningún otro ámbito resulta tan patente la contradicción entre partido y sociedad, como en el mundo intelectual. Los poetas se atreven a tener una noción de la lírica que no concuerda con la definida por el partido. Todos consideran decir la verdad, misión específica del intelectual, pero el problema resulta insoluble, cuando ésta no coincide con la del partido. Desgraciadamente, no todos se han librado de su pasado o de la tentación pequeño-burguesa, para saber que la verdad subjetiva es siempre error, cuando no casa con la verdad objetiva que encarna el partido. Bahro se empeña en discutir los problemas ideológicos que se plantean, desde una posición claramente marxista. El aparato, más prudente, sabe que de muchas cosas, lo mejor es no hablar. El silencio es una de las grandes armas de la burocracia, de toda burocracia. El que moles-

ta, lo que incordia, no existe y se acabó. Combatirlo es ya darle demasiada bellquerencia, admitiendo que existen problemas, que no pueden existir. Bahro, con su máxima de que "las contradicciones encima de la mesa y no en los cajones" choce en todas las esquinas. No hay forma mejor de descubrir el poder, que empeñarse en realizar algo, que no cuenta con su benéfico. Poco a poco va perdiendo su doncellez comunista —los que lo han vivido, saben que es un proceso difícil y doloroso—, pero, he aquí el milagro, no termina convirtiéndose a ese realismo cínico, al que se tiene derecho al cumplir una determinada edad y que le hubiera permitido continuar su carrera. El idealista, cuando no es bobo de capirote, es que es realmente ambicioso.

No se produce una ruptura frontal. ¿De qué hubiera servido? Si se borra del partido, o si, por dar rienda suelta a sus críticas, hubiese sido expulsado, se hubiera desenmascarado como un traidor, es decir, un fascista en ciernes, al que hay que negar el agua y la sal. En un país en el que cualquier puesto de trabajo depende de un mismo poder burocrático, no cabe retirarse a la vida privada a cultivar el jardín. Además, las fronteras están magníficamente vigiladas, para que nadie piense en la posibilidad de cambiar de aires. Salir del partido hubiera significado verse relegado a un trabajo físico embrutecedor, sin tiempo ni posibilidad de escribir una línea. Por si acaso no bastase medida tan saludable, la policía política ya se encargaría de vigilar sus lecturas y de hacerse con las cuartillas, necesariamente subversivas, que salieran de su pluma. Se comprende muy bien que a los funcionarios y demás ideólogos, no les apetezca dedicarse a especulaciones críticas sobre el marxismo y la sociedad, en vés de perfección, que les ha tocado vivir.

De la manera más suave, se le destina a la industria. La burocracia eleva a los incondicionales y a los que considera eficientes, por esta orden de prioridad, pero tampoco deja caer a los que fracasan, si respetan las normas del juego. El pobre Bahro tiene la cabeza hecha una jaula de grillos, con su afán de tomarse en serio el marxismo. No sirve para el frente ideológico, pero no es mal chico: ha cumplido bien las tareas que le ha encomendado el partido. El contacto con la realidad del mundo industrial, le despejará la cabeza. Bahro forma parte de un equipo encargado de estudiar medidas de racionalización del trabajo. Hasta se le permite combinar su labor con la redacción de su tesis doctoral, que, con el título "Condiciones del desarrollo de los cua-

droso altos y medianos de las empresas del pueblo", después de larga lucha, a comienzos de 1977, rechaza la Universidad, sin encontrar, como es natural, editorial dispuesta a publicarla. No se admite la menor crítica, ni siquiera arropada en el lenguaje oficial.

La invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968, ya había enterrado sus últimas esperanzas. Pero mucho se cuidó de no exteriorizar su desencanto; no hubiera conducido más que a un sacrificio inútil. Con qué ansiedad no leería y releería el Galileo de Brecht. Paulatinamente, se descubre viviendo una doble vida. Hacia fuera, cumple con sus deberes profesionales y políticos, procurando no llamar la atención, es decir, con el conformismo total que se exige al buen comunista. De puertas adentro, recoge materiales y estudia de firme, preparando una crítica marxista del sistema. Sus años de actividad política le han permitido conocer las interioridades del sistema. Ahora se trata de reelaborar esta experiencia, con el método y con categorías marxistas. Lo primero es aclarar las ideas: dónde estamos; cómo ha sido posible que, en vez del socialismo, haya surgido una nueva e inesperada "formación social", en la que la opresión y el grado de enajenación alcanza cotas ya desconocidas en el capitalismo avanzado; cabe todavía una "alternativa", qué aspecto tiene; cómo llegar a ella, qué pasos es preciso dar y con qué fuerzas sociales puede contarse.

Durante diez años, Bahro en la soledad más absoluta, sin poder participar a nadie sus dudas y sus aciertos, con difícil acceso a la literatura publicada en occidente, teniendo que acudir al trabajo cotidiano, a las reuniones del partido, a los compromisos sociales, en los ratos libres, día a día, va escribiendo su "crítica del socialismo real". Menos mal que la obra de Marx no está prohibida; en cada página que escribe, se nota que la ha frecuentado con ojo avizor y espíritu crítico. Al final nos ofrece un testimonio de que el pensamiento de Marx, a pesar de los partidos comunistas de uno y otro bloque, no está muerto: todavía sirve para criticar la sociedad del Este y del Oeste. Cuando el manuscrito está ya en una editorial de Alemania Occidental, en una entrevista en "Der Spiegel", que aparece el 22 de agosto, anuncia su libro y hace un resumen de sus tesis principales. Al día siguiente, es detenido acusado de espionaje. Desde entonces se encuentra en la cárcel en espera de que la policía política monte su proceso a puerta cerrada. Desde los supuestos del sistema, la acusación de espía tiene su lógica y habla por sí misma. ■